



Homilía en la novena de Santa Teresa de Jesús

Iglesia de los Carmelitas Descalzos. Salamanca

Lecturas:

Efesios 3,14-19. Lecc. V, p. 419.

Salmo 18, 8.9.10.11. Lecc. V, p. 369.

Juan 15, 9-17. Lecc. V, p. 448-449.

Queridos hermanos: por intercesión de Santa Teresa, ruego al Señor que ponga sus palabras en mi boca y en vuestros corazones, para que esta celebración sea para todos nosotros un gozoso tiempo de diálogo íntimo de amor con aquel que sabemos que nos ama.

El mismo Jesús, el Señor, nos ha recordado hoy de nuevo que es Él quien nos ha elegido para ser sus amigos y nos ha dado a conocer su relación íntima de conocimiento y de amor con el Padre, para que tengamos parte en esa misma relación y demos fruto de amor duradero. Así llegará su alegría a plenitud en nosotros.

Dicho de otra forma: La amistad con Jesús es la respuesta a su gran amor a nosotros; brota de la misma experiencia de san Pablo: ¡me amó y se entregó a la muerte por mí! Y, por otra parte, nuestra amistad con Jesús debe tener como fruto la guarda de su mandamiento: “que os améis unos a otros como yo os he amado”. Para dar este fruto nos ha elegido Jesús. Y este fruto de amor es lo Jesús quiere que pidamos al Padre en su nombre.

Nuestra alegría sólo es verdadera y plena cuando nace de la unión de amor con Jesús y es una participación en la alegría que Jesús experimenta en su unión de amor con el Padre y en la obediencia a su voluntad. Nuestra alegría es pascual y nace de compartir los sentimientos y los sufrimientos de Cristo, con la esperanza de tener parte también con él en la resurrección y en la vida eterna.

La carta a los Efesios nos ha exhortado a pedir al Padre que Cristo habite por la fe en nuestros corazones y que el amor sea la raíz y el cimiento de nuestra vida. La fe nos hace reconocer que Cristo vive en nosotros y nos mueve a amar con el amor de Cristo. Así nuestra vida se edifica sobre la roca firme de Cristo. Así el amor cristiano es la fuente de conocimiento de todas las dimensiones de nuestra existencia y la fuerza que las impulsa a alcanzar la plenitud en Dios.

Santa Teresa asumió con total determinación y profunda alegría esta enseñanza de la Palabra de Dios, y nos ha dejado en su vida y en su enseñanza testimonios bellísimos de su camino personal de perfección en la fe y en el amor. Por ese mismo camino nos anima a ser **"En tiempos recios, amigos fuertes de Dios"**



Carlos López Hernández

Esta última frase reúne en una especie de programa espiritual dos expresiones del Libro de la Vida con las que Santa Teresa calificó su época como “tiempos recios” (Vida 33,5) y manifestó la necesidad de vivir las dificultades de esos tiempos siendo “amigos fuertes de Dios” (Vida 15,5). Esta llamada de la Santa tiene plena actualidad para nosotros. De hecho, constituye el lema del encuentro europeo de jóvenes a celebrar con motivo del V Centenario de su Nacimiento.

Como en tiempos de la Santa, también ahora en el nuestro el corazón humano sigue buscando amores que le consuelen y animen; anhela de forma más o menos consciente el encuentro con el Amor absoluto que le cure sus tristezas y temores, y que le saque de sus noches oscuras. En palabras del Papa Francisco, “nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor” (EvGa 265). Este Amor es Jesucristo, que nos llama a renovar la experiencia “de gustar su amistad y su mensaje” (EvGa 266).

Si queremos ser amigos fuertes de Dios como Santa Teresa, "importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar" a la meta (Camino 21,2). Se trata de una decisión firme, apoyada en la experiencia de sentirnos queridos al mirar al Amigo Jesús, para no abandonar el camino emprendido, vengan las dificultades que vinieren.

Realmente corren hoy tiempos recios que precisan amigos fuertes de Dios. Estamos en una nueva época caracterizada por los adelantos que con gran rapidez se van dando en el progreso científico y en las innovaciones tecnológicas aplicadas a distintos campos de la naturaleza y de la vida. Junto a estos avances que contribuyen al bienestar de la gente en los ámbitos de la salud, la educación y la comunicación, no podemos olvidar que se ha producido un aumento de graves patologías sociales que hacen vivir a la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo de forma precaria en su vida diaria. El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de muchas personas, incluso en los países ricos. La alegría de vivir con frecuencia se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen y la falta de equidad en la vida social y en la actividad económica es cada vez más patente. (Cf. EvGa 52). El rechazo de la ética y el rechazo de Dios conducen a una cultura materialista del bienestar centrada en el consumo, que nos anestesia ante el drama de los demás y nos encierra en el individualismo egoísta y en la globalización de la indiferencia (Cf. EvGa 54). Este clima generalizado produce también dentro de la Iglesia “una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor” (EvGa 78). Una especie de complejo de inferioridad y de pesimismo estéril lleva a muchos cristianos a ocultar su identidad y sus convicciones y a perder su pasión y alegría evangelizadora, paralizados por el virus de la mundanidad espiritual (Cf. EvGa 79. 84.85. 93).

Teresa de Jesús es una excelente compañera y maestra para afrontar esta recia situación y seguir la invitación del Papa Francisco "a cada cristiano, en cualquier lugar y situación..., a renovar... su encuentro personal con Jesucristo" (EG 3



Santa Teresa nos ha contado cómo vivió ella su experiencia de un nuevo encuentro con Cristo que significó su conversión definitiva: “Entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar... Era un Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.” (Vida 9, 1).

Cuando Teresa de Jesús nos aconseja ser "amigos fuertes de Dios" sabe muy bien lo que dice. En Cristo ha encontrado un Amigo capaz de llenar su hambre de amor y de comunión de vida; y también ha hallado en él respuesta a la crisis religiosa que el nuevo humanismo del renacimiento y la reforma luterana suscitaron en la vida de la Iglesia y en la doctrina y práctica de la espiritualidad cristiana.

Es significativa la preferencia de Teresa por el misterio del Dios Amor, que revela especialmente san Juan (1 Jn 4, 8.16). Teresa lo expresa con la imagen del **Dios Amigo de los hombres, que vive y trata con ellos**: Un Dios muy “amigo de amigos” (CV 35, 2), que es fiel, comprensivo y tratable, especialmente en la humanidad de Cristo, que es la revelación del amor de Dios (cf. Jn 3, 16-17), y en la eucaristía, pues “debajo de aquel pan está tratable” (CV 34, 9).

De esta experiencia del Dios Amigo surge la idea de Teresa sobre la oración, que incluye todas las experiencias de la vida en una admirable síntesis bajo la clave del amor. Pues “*no es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama*” (V 8, 5).

Este tratar de amistad es un diálogo entre Dios y el hombre; Dios que no cesa en su empeño de manifestar al hombre su amor; y el hombre abierto a un encuentro necesario con el Dios Amor. Teresa busca a Cristo en la oración y se define como Teresa de Jesús. Y Cristo responde dándose el nombre de Jesús de Teresa. Cristo entra en la vida de Teresa como un Amor que transforma su persona. Y Teresa confiesa que anhela tener a Cristo en el centro de su vida: "Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo... y así siempre tornaba a mí costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba. Quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como quisiera..." (Vida, 22,4). Por eso en más de una ocasión, pudo decir "Puedo tratar (con Cristo) como con amigo" (Vida 37,5).

Y el trato en la oración con el Amigo, convierte a Teresa en Maestra que nos enseña el Cristo Vivo. En el Libro de la Vida nos cuenta que en un momento de inquietud, porque se le ha prohibido el acceso a los libros de espiritualidad que eran su alimento diario, el Señor le dijo: “*No tengas pena, que yo te daré libro vivo*”. Y continúa explicando la Santa: “Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las



abraze y las ame y desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven que no conozca que es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos” (Vida, 26, 6).

El anhelo del Amor de Cristo se va haciendo cada vez más intenso en la oración de Teresa. “¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, y así soy muy aficionada a aquel Evangelio. Y es así, cierto, que... suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua” (Vida, 30,19).

En el Libro de la Vida va confesando las muestras de amor que recibe del Señor. Al narrar cómo el ángel mete en su corazón el dardo de fuego, confiesa que le “*dejaba toda abrasada en amor grande de Dios*” y explica “*ni se contenta el alma con menos que Dios... es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento*” (Vida, 29, 13). En otra ocasión recibe Teresa esta declaración de amor: “*Ya eres mía y Yo soy tuyo*”. A lo que ella responde: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos? (Vida 39, 21). Y el Señor revela también a Teresa su predilección al hacerle comprender las verdades de la Escritura: “*No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará ni una tilde de ella*”. Teresa comenta: “A mi me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían”. Y añade que el Señor le dijo: “*¡Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes que es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha a tu alma*” (Vida 40, 1).

El trato íntimo de amor con el Señor llega a la meta cuando Teresa recibe la gracia del matrimonio espiritual: una vida “en Cristo” en sentido pleno, en total identificación con él. Teresa convive con Cristo, goza de su presencia, de sus palabras, de la visión de su rostro. Recordamos lo narrado por la Santa: “*Díjome su Majestad: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí... Entonces... díome su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es tuya y la tuya mía*” (CC 22.a).

Unos años más tarde, recibe la confirmación de esta gracia y oye de labios de Cristo esta declaración: “*Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia*”; la Santa comenta: “La amistad con que se me hizo esta merced, no se puede decir aquí... y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio” (CC 50.a). Referimos por último un testimonio de Teresa semejante al de san Pablo: ... “que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí” (CC 3.a, 10).



Carlos López Hernández

Teresa nos enseña que la oración es la puerta de entrada a nuestro castillo interior, donde nos llama a estar con el Amigo, que allí habita y nos acoge con el amor más grande. En el trato con él podemos ser nosotros mismos y alcanzar el saber que trasciende toda filosofía: el amor cristiano.

El camino hacia el interior hemos de realizarlo cada uno con el Evangelio en la mano, para interpretar y llenar de contenido nuestros encuentros con el Señor. Teresa concretaba el camino de perfección del Evangelio en tres actitudes básicas, que son fruto de la oración y la gracia, sin necesidad de fenómenos místicos: primero, el desasimiento: liberarnos de las cosas, de las personas y de nosotros mismos, es decir, de la soberbia, del egoísmo y la codicia; junto a esto, la caridad: amar a Dios y a los otros más que a nosotros mismos; y por último, la más importante, la humildad: andar en verdad ante Dios, para descubrir quiénes somos y lo que podemos por nosotros mismos y con la gracia del Señor.

Como amigos fuertes de Dios, estamos llamados a afrontar nuestros tiempos recios con la esperanza de quienes se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. Cuando se va estrechando el espacio para la fe en Dios y la presencia cristiana en la sociedad, Cristo manifiesta más su amor en su lugar propio: en el hombre que lleva su imagen en medio del mundo, y en la comunidad de los discípulos, cuya vida se ha transformado en el encuentro con Él. La presencia de Cristo es real y operante, aunque tantas veces permanezca desconocida y oculta. El Señor solo necesita que le miremos, para que descubramos con cuanto amor nos está mirando y esperando. No encontraremos en Él reproches. Sólo se alegrará de nuestra vuelta a Él en nuestra propia casa, en la cual ha venido a hacer su morada junto con el Padre, para compartir con nosotros la fiesta de la amistad y de la vida, en plenitud de alegría.

Salamanca, 13 de octubre de 2014